


conseja? ¿tú creer en el duende? ¿tú? no, Inés, ni yo creo en él, ni tengo secretos pesares; si los tuviera, ¿á quién si no á tí los habria comunicado?

—¡Ay! tú te empeñas en engañarme, pero tan cierta estoy de que me ocultas un terrible secreto que te hace padecer, como de que hay un duende en palacio.

D. Fernando por toda contestacion lanzó una alegre carcajada, y procurando cambiar el tono y el jiro de la conversacion hizo una caricia á D^a Inés y comenzó á prodigarla galantes frases y protestas de amor.

IV.

En donde el lector ve al duende, y escucha una de sus conversaciones con la reina D^a María Ana.

 ONABAN las doce de la noche en el reloj de palacio, y casi al mismo tiempo se abria una de las puertas de la habitacion de D. Fernando de Valenzuela.

D^a Eujenia acompañaba á su marido hasta el umbral, D. Fernando salia, y D^a Eujenia se quedaba volviendo á cerrar aquella puerta.

D. Fernando tomó el mismo camino que le hemos visto llevar en la noche en que su esposa le presentó á la reina.

Pero esta vez D. Fernando se encaminaba por aquellos aposentos oscuros y por aquellos angostos pasillos con extraordinaria confianza; no vacilaba ni se detenía para nada.

A la misma hora, la reina, que estaba sola en su cámara leyendo, cerraba el libro y dirigia una mirada inquieta á uno de los ángulos de su cámara, esclamando:

—No tardará.

Casi en el mismo instante se oyó el ruido de una llave que entró en la cerradura, y en el ángulo á donde miraba

D^a Ana de Austria se abrió una puertecilla que estaba oculta por el tapiz, y se presentó Valenzuela.

La reina se ajitó de placer, y D. Fernando entró precipitadamente; se arrojó de rodillas á sus piés, y tomando con sus manos la mano que le tendia la reina, la llevó con ardor á sus labios y la tuvo así por largo tiempo.

—Alzate, Valenzuela—le dijo D^a María Ana de Austria con una voz dulce y armoniosa—álzate y toma asiento aquí, á mi lado.

—Señora, permítame V. M. que la contemple, que la sirva así de rodillas, como se mira á un ángel, como se habla con Dios.

—No, Valenzuela, no; para tí no quiero ser la reina, para tí no quiero ser la soberana, para tí, Valenzuela, no soy mas que María Ana de Austria, la mujer que piensa en tí, que te ama, que es feliz con tu amor.

—¡Señora! ¡señora!—esclamó Valenzuela casi postrándose para besar la orla del vestido de la reina—por piedad, tanta ventura me hace morir de felicidad.

—Valenzuela—contestó D^a María Ana levantándole con ternura, obligándole á sentarse á su lado y mirándole cariñosamente—¿por qué te empeñas en turbar mi dicha? ¿por qué te empeñas siempre en no ver en mí mas que á tu reina? quiero que me ames como amarias á cualquiera de mis damas, quiero que dejes á un lado ese respeto, ese ceremonial que es mi martirio cuando estoy á tu lado; quiero ser amada por tí, como son amadas todas las mujeres: Valenzuela, ¿acaso porque soy reina he de ser tan desgraciada que no consiga oír de tus labios esas frases que embriagan al alma; esas frases que oyen todas las mujeres y que no he oído yo nunca? Valenzuela, dime que me amas, pero no

como á reina: por Dios, hazme feliz, ¿me amas, Valenzuela? ¿me amas, amor mio?

—Te adoro, señora, te adoro—esclamó D. Fernando arrebatado por el ardiente entusiasmo de la reina—te adoro; tu amor es para mí la suprema felicidad; te amo, señora, no porque eres reina, no porque dos mundos te obedecen; te amo por tí, por tí sola, porque eres bella, como deben serlo los arcánjeles, porque tu voz es armoniosa como el trinar de las aves, porque tu corazón es tan puro como el aliento de la aurora; te amo, porque me has dado tu primer amor, porque me has consagrado los perfumes virjinales de tu corazón, porque siendo tan alta y tan poderosa, has fijado en mí tus ojos, señora; porque eres el sol cuya luz admiran todos, pero que solo alumbra por mí y para mí.

—Así, así quiero verte, Valenzuela; así quiero que me ames, así quiero que me hables, bien mio; qué dichosa me haces así con tu amor, mi dueño, mi encanto! óyeme, yo no he sido dichosa hasta hoy, porque yo no he amado nunca, porque yo nunca he sido amada; el rey era un hombre que por su edad podia haber sido mi padre; me casaron con él por razón de Estado; ¡ah! tu no comprendes lo que se siente en el corazón cuando se comprende que se entra al matrimonio así como por conservar una raza! yo quise á mi esposo como á un padre, pero jamás tuve por él una ilusión. Murió y quedé viuda, pero mi corazón era vírjen y yo tenia necesidad de amar, y ningún hombre de cuantos me rodean me inspiraba la menor ilusión; Eujenia me suplicó que asistiese á su matrimonio, condescencí de mala gana; llegué á la capilla; te ví, Valenzuela, y no sé lo que sentí; aquel momento decidió de mi porvenir, y cuando supe que tú eras el que iba á casarse con Eujenia; cuando os ví que

os dábais las manos, entonces sentí los celos, antes de haber gozado del amor; desde aquel día tu imájen iba siempre conmigo á todas partes; procuraba furtivamente verte, oír tu voz, porque te amaba, Valenzuela, porque te amaba. En vano pedia á Dios que apartase de mí este pensamiento; en vano pretendí ahogar este amor que era para mí una locura; ni mis oraciones, ni mis esfuerzos, ni nada, nada bastó para apagar el fuego de mi corazón, y cada día te amaba mas y mas, y esta pasión ahogó los gritos de mi conciencia y dominó mi virtud, y si Dios no la ha arrancado de mi seno, Valenzuela, es porque Dios no quiere que deje de amarte, es porque quiere que yo sea tuya, y lo seré.

—Aliento de mi alma, luz de mi espíritu; cuando yo te ví por la primera vez, también sentí que mi corazón se estremecía; pero ese pensamiento de amor que cruzó como un relámpago en la negra noche de mi desgracia, procuré ocultármelo á mí mismo; porque ese pensamiento solo era para mí la profanación, el sacrilegio: ¿cómo osaría mi corazón alzarse, ángel mio, hasta tu grandeza y hermosura? Pobre gusano, vil polvo que arrastra el soplo de la tormenta, ¿podía ambicionar no solo subir hasta tu altura, sino merecer siquiera una sola de tus brillantes miradas? Cuando pasaba, señora, cerca de tí ó á tu vista, mis ojos se nublaban, mi sangre se encendía, vacilaba mi cuerpo como queriendo caer; me sentía delante de tí avergonzado, temeroso, porque creía, amada mia, que ibas á leer en mi frente el pensamiento que calcinaba mi cerebro, que ibas á conocer que yo abrigaba la osadía de amarte, porque te amaba, señora: ah! si pudiera encontrar palabras para decirte lo que siente mi corazón! Amor de mis amores, dime que me amas, dímelo, porque tanta felicidad me parece mentira,

porque estoy creyendo que sueño, y esta idea es capaz de volverme loco.

—Te amo, Valenzuela, ¿aún lo dudas? estás á mi lado, mis brazos rodean tu cuello, mi aliento se confunde con el tuyo, mis labios reposan en tus labios y en tus ojos y en tu frente; tus miradas queman mi rostro, ¿y aún dudas que te ame? ¿y aun dudas que nuestra dicha sea una realidad? ¿y aún crees que sueñas, Valenzuela? Estréchame contra tu seno, siente el latir de mi corazón y dime, ¿crees que te amo? ¿crees que hay sobre la tierra quien ame como yo?

—No, señora mia; tú amas, como tú sola sabes amar.

—Yo no he oído dulzuras y ternezas, dueño mio, sino es de tu boca, y por eso no sé yo como amarán los demás hombres; pero el corazón me dice que nadie como tú es dulce y ardiente; nadie como tú sabe dar á su voz esa armonía de pasión y de encanto; nadie como tú tiene en sus ojos esa luz que fascina, en su aliento ese perfume que embriaga: yo quiero servirte aquí de rodillas, Valenzuela; estoy contenta, feliz con ser reina de los otros para ser tu sierva; orgullosa estoy con ser tu esclava; quiero consagrarme á tí, no mas que á tí; quiero reconcentrar mi alma y mi vida en tí: dime, Valenzuela, tú que andas en el mundo, tú que sabes mas que yo lo que es el amor, ¿todas las mujeres que tienen un amante, sienten esta suprema felicidad? ¿todas las almas enamoradas flotan en este piélago de inmensa ventura, que me hace á mí olvidarme de cuanto me rodea, que me hace sentir el paraíso en medio de la tierra? dime, ¿todas sienten lo mismo? ¿todas aman así? porque así no comprendo como hay tantas que se llaman desventuradas cuando hay tantas que tienen amor.

—No, María Ana mia.....

—Así, así quiero que me llames, "María Ana mia:" en tu boca ¡cuán dulce suenan estas palabras! ¡qué nuevas son para mí! Al oírtelas me siento lo que nunca he creído ser, jóven, hermosa, y sobre todo, amada.

—Amada, sí, amada como quizá ninguna lo será sobre la tierra; pero todo esó que sientes, toda esa felicidad que te embriaga, que se apodera de todo tu sér; todo eso te hace superior á las demas mujeres: María Ana mia, no todas las mujeres aman como amas tú: ese es el don de las almas privilegiadas como la tuya; esa dicha infinita solo se siente cuando se encuentran sobre la tierra dos almas como las nuestras, formada la una para la otra, y desde el primer momento se adivinan, se aman, se buscan y se confunden luego, la una en la otra, como en un éxtasis perpetuo, como en una pasion que solo puede inspirar el cielo.

D^a María Ana enlazó con sus brazos blancos y mórvidos el cuello de Valenzuela y contempló apasionadamente por largo rato y en silencio el rostro de su amante: aquello era ya una locura, una idolatría.

Las horas pasaron para aquellos corazones felices con la rapidez del relámpago.

—Amanece ya, amor mio—esclamó de repente Valenzuela.

—¡Tan pronto?—dijo D^a María Ana con tristeza.

—Pronto viene el sol, porque no puede brillar sin verte.

—Quizá cuando él sale empieza para mí la noche porque no te miro.

—Pronto volverá mi dicha, que si largo es el tiempo, amada de mi alma, que paso sin estar á tu lado, corto se me hace para pensar en tí.

—No me olvides un solo instante y no tardes en venir.

—A las doce en punto, amor mio.

D. Fernando se levantó, y la reina, llevándole abrazado, le condujo hasta la puerta.

—Adios, alma de mi alma—dijo Valenzuela.

—Todavía no; aún quiero acompañarte.

—¡Y si alguien te viera?

—Nadie hay que pueda verme, y si me ven, qué importa? estoy orgullosa con tu amor, y quisiera que todo el mundo supiera que me amas.

Así llegaron hasta la puerta de una estancia.

—Hasta aquí—dijo la reina—adios, mi amor.

—Adios, María Ana mia.

Se escuchó el ruido de un beso, y como si aquel ruido hubiera despertado un eco dormido, se sintió entre las sombras un estremecimiento que los amantes no sintieron.

La reina entró á su cámara y D. Fernando volvióse á su aposento. D^a Eujenia dormia ya profunda y tranquilamente.

pero si yo, yo misma los he visto. . . . ¡oh! ese beso que aún resuena en mis oídos. . . . ¿quién lo hubiera creído? él, que juraba amor. . . . él, á quien por desgracia amo. . . . no. . . . no le amo ya; le amé, le amé con toda mi alma; hoy le detesto, le aborrezco con todo mi corazón. . . . con razón estaba triste, preocupado. . . . me vengaré de él, que me engaña. . . . de ella, que me robó su amor. . . . sí, de ella, de ella, ¿qué me importa que sea la reina? me vengaré aunque tenga que vender mi alma al demonio. . . . está en mis manos, tengo su secreto, tengo su honra en mi poder, la haré pedazos, referiré á todos cuanto sé, cuanto he visto, y hoy mismo esa mujer orgullosa que se llama la reina, será la fábula de toda la corte. . . . ¡Ah! Valenzuela, tú no conoces cómo yo sé vengarme, porque tú ignoras la historia de D. José de Mallades. . . . tú, D. Fernando, eres mi perdición, por tí he hecho morir á un hombre. . . . y sin embargo, aún me burlas. . . . te odio, y tú sufriras las consecuencias de tu falsía.

.....
 Eran las once de la mañana de aquel día y en toda la corte no se hablaba sino de un escándalo que se había descubierto en la madrugada.

Damas y caballeros, jóvenes y viejos, se comunicaban bajo mucha reserva los detalles que á su alcance habían llegado de aquel suceso.

—¿Sabe ya vuesa merced, señor marqués, la nueva que corre en la corte?—decía D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, al marqués de Valparaíso que se acercaba á un grupo de jóvenes caballeros que hablaban en una de las antecámaras.

V.

De como hubo una dama que se encargara de referir á la corte quién era el duende, y de cómo la reina se encargó también de probar que esa dama tenía razón.

VALENZUELA cerraba apenas la puerta de su habitación, cuando de uno de los salones por donde él había atravesado, y que precisamente era aquel en que la reina se había despedido, salió misteriosamente una sombra.

A la incierta y pálida claridad de la mañana que comenzaba á penetrar por algunas ventanas, se pudo descubrir que aquella sombra que con estremada precaución tomó un camino distinto del que había seguido Valenzuela, no era otra que D^a Inés de Medina.

La joven, bien por el tinte pálido que la claridad de la aurora da á todas las fisonomías, ó bien porque hubiese experimentado alguna emoción muy violenta, llevaba el semblante lívido y descompuesto, hablaba consigo misma, y de cuando en cuando se detenía y como por una crispatura nerviosa cerraba los puños.

—Imposible—esclamaba—imposible, no lo puedo creer.

—No á fé—contestó el de Valparaiso— y holgárame de saberlo por tan noble conducto como el de vuesa merced.

—Pues quizá valga el pedirnos las albricias, que se trata nada menos que de unos reales amores.

—¿Nuestro jóven soberano D. Carlos II tiene ya amores en tan temprana edad, y cuando aún no empuña las riendas del gobierno?

—¿Y quién á dicho á vuesa merced que se trata de nuestro jóven soberano, que Dios guarde?

—Creí haber escuchado que de reales amores me hablaba vuesa merced.

—Reales en efecto he dicho, que reales amores son los de nuestra señora y reina D^a María Ana de Austria.

—Dios ponga tiento en los labios de vuestas mercedes, y les dé memoria para no olvidarse del duende....

Los jóvenes soltaron una alegre carcajada.

—¿De qué rien con tantas ganas vuestas mercedes?—preguntó como cortado de aquella hilaridad el marqués de Valparaiso.

—No lo tome vuesa merced á lo sério—dijo otro de los jóvenes—D. Antonio de Toledo le referirá el lance, y aseguro á vuesa merced que reirá del duende como nosotros.

—Veamos, veamos—dijo el marqués.

—Es el caso—dijo el de Toledo—que segun lo averiguado anoche, ó mejor dicho, hoy á la madrugada, no hay tal duende, porque el duende es un hombre como vuesa merced y como yo, que vive y anda entre nosotros, y juzgando piadosamente no es ni ángel caído ni cosa que se le parezca, sino un cristiano viejo, y español de nacimiento.

—¿Y quién es él?

—Aquí está lo curioso del lance, que me han referido en

secreto, y que yo cuento á vuestas mercedes por la gran confianza que me merecen: el duende es.... pero señores.... secreto.... es el amante de S. M.

—¿El amante de S. M!—esclamó el de Valparaiso—¿Y quién es el amante de S. M?

—El duende—contestó con burlesca solemnidad D. Antonio de Toledo.

—¿Y el duende es?

—El amante de S. M., porque el amante y el duende son una misma y sola persona.

—Pero vamos, esplíquenos vuestra merced mas, si mas sabe como yo lo creo: el nombre, el nombre de ese mortal feliciísimo, porque la reina nuestra señora, es además de reina, y perdóneme mi falta de respeto, la mas hermosa y linda dama de toda la estensa monarquía española.

—Amen—dijo el de Toledo—soy de la misma opinion que vuesa merced, por mas que la envidia saque los cuernos en todos nuestros razonamientos, que si á deciros voy la verdad, holgárame de hallarme en el lugar del feliz duende, ó cuando menos de encontrarme una mujer como la reina aunque no pisara las gradas del trono.

—Ciertamente; ¿pero cuál es el hecho?

—Escuchadme, que voy á decíroslo en secreto.

Todas aquellas cabezas se acercaron y el grupo se unió completamente, y en el mayor silencio todos se dispusieron á escuchar.

—Es el caso—dijo D. Antonio de Toledo—que una de las damas de palacio, que estaba despierta y levantada á deshoras de la noche, quizá pensando en alguno de vosotros, ó en otro, que eso no importa, creyó oír ruido en uno de los pasillos que conducen á la cámara de S. M.: la curiosidad

es el valor de las mujeres, y á riesgo de encontrarse con el duende, la dama salió de su aposento y se puso en acecho. El ruido habia cesado, pero la curiosidad no estaba satisfecha, y un paso ahora y otro dentro de un minuto; avanzando, retrocediendo, deteniéndose, procurando no hacer ruido, temblando y conteniendo hasta la respiracion, nuestra heroína, siguiendo la direccion que creyó prudente, llegó hasta la puérta de la cámara de la reina. . . .

—¿Y las puertas?

—Ahí está el prodigio; todas estaban abiertas; la dama se detuvo, habia llegado hasta el sagrario, no pudo avanzar mas, no podia ver, pero podia oír, y escuchó. . . . supongo que no la culparán vuestas mercedes, porque habrian hecho lo mismo en su caso.

—En efecto.

—Podia ser aquello una asechanza contra S. M., y era preciso vijilarla, cuidarla.

—¡Muy bien hecho!

—En la real cámara se escuchaba murmullo de voces, diálogo animado; la dama acercó el oído. . . . precaucion no solo disculpable, sino digna de elogio, ¿es cierto?

—Cierto.

—La dama conoció la voz de S. M. pero la del jóven, (porque es un jóven) no pudo conocerla: se hablaba, señores. . . . de amor. . . .

—¿De amor?

—Sí, de amor: aquel era un nido de palomas. La dama, como era justo, se retiró por discrecion: esto la abona ¿es verdad?

—Es verdad.

—Pasó un largo rato, y la dama no quiso alejarse de allí,

porque sabiendo de lo que se trataba creyó de su deber no abandonar á su soberana dejándola espuesta á ser sorprendida en su real secreto por un imprudente: creo que obró con lealtad.

—Eso es, eso es muy leal.

—Por fin quiso escuchar para conocer si ya debia retirarse y no verse sorprendida allí, á lo que le hubiera dado S. M. una interpretacion muy desfavorable.

—Podia suceder.

—Escuchó, y ya se hablaba de la corte, y S. M. decia al jóven: “en esta noche se ha portado como siempre mi amado duende.”

—Está claro, el duende. . . .

—Era el amante mismo: la mañana avanzaba y el jóven se despidió de su augusta amada: nuestra heroína, para no ser vista se refugió en uno de los ángulos oscuros del aposento, y S. M. salió hasta la puerta á dejar á su amante, dándole por despedida el beso mas sonoro y amoroso que registra la historia.

—¿Cómo no fué á mí!—dijo uno de los jóvenes saboreándose.

—O á mí—contestó D. Antonio de Toledo—la dama oculta miró todo esto á la luz de las bujías de la estancia real, que salia por la puerta en donde estaban los amantes.

—Y por supuesto—interrumpió el de Valparaiso—esa dama, que á lo que decís es jóven, sentia antojos y tentaciones de muerte.

—Tal no me refirió, pero supongo cristianamente que así pasaria, que eso, de contado solo, se antoja, cuanto mas oído y visto; pero entonces la dama reconoció al galán á quien pudo ver muy á su sabor.

—¿Y quién era él?
 —D. Fernando de Valenzuela.
 —¡Valenzuela! ¡Valenzuela! dijo uno.
 —Un hidalguillo de Ronda—esclamó otro.
 —Un hijo de las malvas—agregó el marqués.
 —El mismo, señores, el mismo—dijo D. Antonio de To-

ledo.

—Me parece imposible.
 —Y á mí.
 —Y á mí.
 —Eso tiene que ser una fábula, una invención, para burlarse de D. Fernando y volverle loco.

—Os aseguro que como os lo he dicho, lo oí contar á la dama que lo presencié.

—Estaría soñando.

D. Antonio iba á replicar, cuando llegó el viejo marqués de Castel-Rodrigo, caballero mayor.

El marqués de Castel-Rodrigo iba sumamente ajitado, y como todos los hombres á quienes preocupa una idea, se dirigió inmediatamente al grupo de jóvenes.

—¿Han visto vuestas mercedes mayor escándalo?—les dijo sacudiendo con ira la cabeza.

—No señor—contestó el de Valparaiso—y de eso hablabamos.

—¿Pues quién dijo algo á vuestas mercedes?

—Por ahí: voces sueltas... pero no lo creemos.

—Pues es cierto: ¡caballero primero! ¡caballero primero!

—¿Pero quién, señor?—preguntó el de Valparaiso....

—¿Pues quién? él, él, D. Fernando de Valenzuela.

—El amante?....

—Yo no me mezcló en eso de amores, ni me importan—dijo el de Castel-Rodrigo—pero ese hombre no podía ser caballero primero porque no tiene título de nobleza.

—Diga eso vuesa merced á la reina nuestra señora.

—Ya se lo dije.

—¿Y qué contestó S. M.?

—¿Qué? que D. Fernando de Valenzuela es ya marqués de S. Bartolomé de los Pinales... ¡esto es inaudito!

El marqués de Castel-Rodrigo se alejó furioso, y los jóvenes, como asombrados, se miraron entre sí.

—Tenia razon D. Antonio de Toledo—dijo el de Valparaiso—viento nuevo en la corte; cayó el jesuita, subió el poeta, "el rey ha muerto, viva el rey."

VI.

De cuán acertadamente dijo el que dijo que *cuando Dios dá, dá á manos llenas*



la privanza de D. Fernando era ya un misterio, ni el amor de la reina un secreto.

En el sistema de gobierno despótico, que si es sistema, llamarse puede *de favoritos*, el cambio de uno de estos validos, equivale al cambio casi completo del gobierno.

Uno dijo, que tratándose de absolutismo era preferible el gobierno de una reina al de un rey, porque conforme á la regla general, en el gobierno de un rey los que gobiernan son las mujeres que los dominan, y en el gobierno de una reina el gobierno está en las manos de los hombres.

Si esta reflexion se hubiera hecho en otro tiempo, quizá no existiría la ley Sálica.

D^a María Ana de Austria se dejaba dirigir y gobernar completamente por D. Fernando de Valenzuela.

El miedo del duende habia desaparecido, pero en cambio Valenzuela habia heredado el nombre, y todos, en su ausencia por supuesto, le llamaban el duende, lo cual no impedia

que D. Fernando se viese rodeado de una inmensa turba de cortesanos que le adulaban; y los mismos que en la víspera no se hubieran dignado ni saludarle, á porfía le asediaban para obtener de él un apretón de mano, una palabra, una sonrisa siquiera.

D. Fernando era ya en la corte, no solo el favorito de la reina, sino verdaderamente el hombre á la moda.

Jóven, gallardo y apuesto hombre; de gran talento, poeta de agudo ingenio, D. Fernando no tenia necesidad sino de un gran teatro donde lucir, y el amor de la reina le habia abierto las puertas de la corte, y Valenzuela encantaba á las damas con su bizarría y arrojo en una lid de toros, y las fascinaba con su conversacion ó con sus poesías.

Los hombres mas sensatos respetaban sus sentencias, y los mas bravos espadachines procuraban evitar con él un encuentro.

Tan brillantes cualidades, alumbradas por los reflejos del poder, tornaron á D. Fernando en muy poco tiempo en una especie de sér privilegiado que no podia contemplarse sino al través de la atmósfera de prestigio que le rodeaba.

Las damas envidiaban á la reina su galan, y solo D^a Inés de Medina devoraba en secreto sus rabiosos celos, y trabajaba incesante y sordamente para llevar adelante sus planes de venganza.

Apenas pasaba la impresion que habia causado en la corte el nombramiento de caballero primero que la reina concedió á D. Fernando, cuando el marqués de Castel-Rodrigo dejó de existir y Valenzuela fué promovido en su lugar á la vacante plaza de caballero mayor.

El dia en que Valenzuela recibió este nuevo nombramiento, le anunciaron que D. Antonio de Benavides desea-

ba hablarle. D. Fernando le hizo entrar, y Benavides se presentó casi con timidez.

—Grande fortuna es la mia—dijo Valenzuela—cuando puedo verte por mi casa.

—Temia, D. Fernando—contestó Benavides—que la altura á que has llegado te impidiese reconocirme.

—Mal me juzgas, Antonio, si tal piensas: tú eras mi único amigo en los dias en que era yo el hombre mas desvalido de la corte.

—Creia no serlo hoy que eres sin duda el mas poderoso.

—Burlando mi buena fé, Benavides, cuando te creí un sabio astrólogo, me auguraste que llegaria yo á ser grande, y ya casi lo soy: tu prediccion se ha cumplido.

—Espero que me hayas perdonado completamente aquella burla: llegaste á pedirme tu horóscopo: tú eras mi amigo, nada podia yo darte mas que ilusiones, ilusiones te dí, pues, y Dios ha querido convertirlas en realidad; yo, aunque te quiero, no te adulo, y puedes creerme: tú mereces tantos favores de la fortuna.

—Gracias, Benavides; el cariño te hace faltar á la justicia; ¿y qué piensas tú que me guardará el porvenir?

—¿Te burlas, Valenzuela! ¿qué puedo yo decirte del porvenir? tentado estoy á creer que aún recuerdas al astrólogo.

—Confesarte quiero la verdad, Benavides, aún lo recuerdo: dos predicciones escuché de tu boca; quizá las dos las pronunciaste sin conciencia de lo que decias, pero ambas se han cumplido.

—Tú has hecho fortuna en la corte. . . .

—Y D. José de Mallades murió en el garrote.

—Es verdad—contestó melancólicamente Benavides.

—¿Y la desgraciada Laura?

—Hoy puedo ya confiarte este secreto, por si tú puedes alcanzar algo de la reina en su favor; D^a Laura ha sido aprehendida por mí, de orden del padre Nitardo, nuestro protector, y remitida á México con encargo al virey de ponerla reclusa en un convento.

—¿Pero por qué causa?

—La ignoro completamente.

—¿Pobre Laura! yo la salvaré.

—Bien lo merece, es muy desgraciada.

—¿Y tú, Benavides, no quisieras algo para tí? no te he ofrecido que si el viento soplabá mi bajel en la corte, tú serias por lo menos piloto? ¿deseas algo?

—Sí.

—Pues habla, dime.

—Una sola cosa, que bien poco te costará concedérmela.

—Te juro que lo haré.

—Pues bien, tu amistad, y nada mas tu amistad, como siempre.

D. Fernando, con los ojos nublados por el llanto, tendió los brazos: Benavides se arrojó en ellos conmovido.

Valenzuela se sintió feliz al encontrar en medio de la corte aquel corazon tan noble y tan desinteresado.

—Bueno—dijo Benavides—¿qué demopio! ya sabes cómo soy yo con las personas que me quieren; tú lo has visto, les sirvo hasta de astrólogo: por S. M. y por tí la vida: mira, yo soy discreto y silencioso como un sepulcro. . . . y no mas.

—Te comprendo—contestó Valenzuela.

Y porque no podia ya contenerse, Benavides salió precipitadamente de la estancia.

Los que lo vieron salir tan emocionado dijeron:

—Ese ha llevado ya un desengaño cruel con el duende. Benavides decia en su interior:

—Será porque quiero de corazon á D. Fernando, y porque aún no olvido la suerte del padre Nitardo, pero me parece que esto vá á tener un fin desastroso, ¡Dios no lo permita, porque tiene un corazon de ánjel!

Valenzuela decia para sí:

—Me alegro de que Benavides no me haya dicho lo que presiente acerca de mi porvenir, porque tiemblo ya de sus predicciones, y sin embargo, quizá este es el único amigo verdadero que tengo en la corte.

.....
.....
D^a Inés de Medina no cesaba de conspirar, y era todo su empeño reanimar á los partidarios de D. Juan de Austria para volver á los tiempos borrascosos de la lucha entre *austriacos* y *nitardinos*.

La rápida fortuna de Valenzuela fascinó al principio á todos los nobles, en tales términos que nadie se atrevió á combatirle: mucho se esperaba de él, y mucho se le temia, y por otra parte, no era lo mismo provocar el enojo de un anciano que no tenia mas armas que su breviario, que habérselas con un jóven que sabia como él mejor, dar una estocada ó manejar la lanza y el corcel de batalla.

Pero aún el orgullo de la nobleza debia sufrir otro golpe.

D. Fernando de Valenzuela, marqués de S. Bartolomé de los Pinales y caballero mayor, fué declarado por la reina, grande de España de primera clase.

D^a Inés seguia alimentando un odio terrible.

Cuando una mujer se mira abandonada de su amante por una rival que vale menos, espera la venganza en la com-

paracion que la sociedad haga entre ella y su rival, espera el dia en que el amante desengañado confiese á su pesar, que perdió en el cambio: en fin, su misma superioridad le da el consuelo.

Pero cuando esa rival es una mujer superior, cuando ante ella la mujer abandonada tiene que bajar los ojos, entonces el sufrimiento es espantoso, porque no hay compensacion de ninguna especie, porque no solo hieren el corazon los celos y el desprecio, sino tambien la envidia, el amor propio ultrajado, el conocimiento de su propia impotencia, la desesperacion.

D^a Inés se veia despreciada por la reina; por una mujer que ademas de ser una gran belleza, estaba rodeada de esa aureola brillante del poder; por la reina, es decir, por la primera mujer de la monarquía, y una mujer de tan delicado tacto, que no bajaba hasta la humilde esfera de D. Fernando para entregársele así entre el misterio como una mujer vulgar, sino que lo elevaba, lo ennoblecia para ponerlo en situacion de que fuera su dueño.

Para hacer rodar á Valenzuela era preciso que cayera primero D^a Ana de Austria.

D^a Inés comprendia que este era el camino de su venganza; conspirar contra la reina, herirla á ella, y despues D. Fernando seria una víctima fácil de sacrificar.

Felizmente para los planes de D^a Inés de Medina, las circunstancias eran las mas á propósito.

Al niño rey Carlos II acababa de ponérsele casa separada de la reina.

Carlos era la terrible palanca para derrocar á la reina.

D^a Inés necesitaba apoderarse del corazon de Carlos II.

D. Fernando de Valenzuela era el galan de la reina.

¿Por qué D^a Inés no podría dominar al rey hijo?

Poner en pugna á la rejeta con el rey menor de edad, era el gran problema.

Conseguir el cariño de Carlos II era el medio.

Carlos II era casi un niño, ¿pero esto qué le importaba á D^a Inés? Ella sabría despertar en aquel jóven corazón ignoradas pasiones y desconocidos sentimientos.

S él era un niño, mejor: á un niño es mas facil seducir que á un hombre.

La empresa presentaba sus dificultades, pero no era irrealizable, y D^a Inés estaba decidida á todo.

VII.

Como D^a Inés de Medina comenzó á dar traza de ganarse el corazón de un niño, y lo que alcanzó en esta empresa.

EN el año de 1675 se le habia puesto ya su casa al rey. Valenzuela, como árbitro de todos los destinos, habia hecho los nombramientos á su gusto; procurando y creyendo con esto, atraerse amigos y partidarios entre los agraciados.

El duque de Alburquerque habia sido nombrado mayor-domo mayor; el Almirante de Castilla, caballero mayor y el duque de Medina, sumiller.

Con estas personas que rodeaban al rey, y que debian naturalmente poseer su confianza; meditó unirse D^a Inés para lograr sus planes.

El duque de Alburquerque era uno de los mayores amigos del marqués de Rio-florido, y como tal frecuentaba la casa de éste.

D^a Inés, que no tenia ya interés en permanecer en palacio, solicitó separarse del lado de S. M. pretestando una enfermedad, y Valenzuela con el deseo de verse libre de ella, porque le parecia un testigo importuno, influyó para que le fuese concedido sin dificultad.